

Viba el compañero César Vallejo

Querido César:

Deseo que al recibo de esta carta
te encuentres tan eterno como
el ferroviario Pedro Rojas,
poeta y dedo póstumos.

No te olvides decirme en tu respuesta
si ya se te curaron de las manos
aquellos agujeros que tenías,
si han abolido los heraldos negros,
si por ahí los hombres son humanos,
si te ha dado cualquiera
un pedazo de pan en que sentarte,
y aceña en que moler tu trigo limpio.

Por aquí todavía tocan
«su lúgubre tambor las sienes»,
y yo, sin ir más lejos, uno mismo,
a veces «siento ganas
de nunca haber tenido corazón».
Con un mal corazón se vive grande,
con un buen corazón aún se malvive.
Mas qué voy a decirte de esto a ti.

Aquí siguen campando
las hoces sin martillo
y están alicaídas las palomas,
la sangre desvaída. No hay color.
España «no se cuida de sus héroes»;
se siguen cultivando las espadas
en esta áspera tierra
y no somos capaces
de oler un hombre egregio ni a dos pasos.
Por aquí persevera en muchos ojos
el corazón a media asta,
y ocurre una persona rara vez
y un milagro diario porque viven
las manos desahuciadas del apero,
los niños desahuciados de la escuela
y los nonagenarios que no han visto
pasar nunca el amor
frente a su casa.

Aún no ha ascendido a hombre
el animal, pero sí ha descendido
hasta animal el hombre.

Aún hay «albañiles que se caen
del techo y mueren y no almuerzan»,
pordioseros «que extraen un piojo de su axila»
y tiburones del Océano Glacial Metálico.
La vida sigue siendo «imparcialmente horrible»,
«Hay, hermano, muchísimo que hacer».

Que tu espíritu tanto,
en forma de vilano inverosímil,
ilumine las lúgubres cabezas
y anuncie la resurrección del hombre
o lo cree, por fin.

Meliano Peraile

Ágape asolasiático

(como tu vuelo, César, convidado)

«Hoy es domingo y esto
tiene muchos siglos»
y una copa de altura
donde disuelvo el mar de una aspirina
y henos aquí vencidos,
congregados,
dispuestos a comernos
el mundo y sus mentiras merengadas..

No hay bendición que valga
Hemos venido
casi todos:
tu burro peruano,
tu padre y Aguedita y Nativa y Miguel,
la risa de tu «andina de junco y capulí»,
y un rey póstumo y flaco, coronado de canas,
con su familia grande (hablan de ti